

¿Cuatro Grandes?

Por María Carolina Geel

Cuando Alone publicó su excelente libro titulado *Los Cuatro Grandes* —título, como se recordará, tomado en préstamo, con acierto, del que adjudicaron a los cuatro políticos internacionales reunidos al término de la segunda guerra— se levantaron algunas voces que discordaban con los nombres escogidos por el crítico: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Pedro Prado y Augusto d'Halmar. Personalmente no aceptamos el de este último por cuanto estimamos muy superior a Eduardo Barrios, gran escritor. La obra valiosa de D'Halmar consistió en su romántico entusiasmo por difundir la literatura del Viejo Mundo.

Cuatro. El número de habitantes en la época permitía, seguro, restringirse a tan corta elección. Hoy, sin perder de vista un estricto propósito selectivo, cuatro veces cuatro resulta aun bastante insuficiente. Que habrá, como entonces, voces contrarias, se da por descontado, pero como quiera que sea conviene para la historia hacer un recuento que despeje algo el confuso panorama actual.

Como suele verse en algunas listas que aparecen por ahí, existiría hoy una cifra tan elevada de escritores y poetas como para pensar que se trata de un país extremadamente privilegiado al respecto (parecería que la causa de esta abundancia aparente es que hay un crecido número de personas que creen algo así como que la literatura es un ámbito público al cual se entra sin más requisito que un lápiz y un papel donde se puede estampar cualquier cosa, pasando de inmediato a llamarse escritores y poetas).

Que es privilegiado, no por el número sino por la calidad de algunos, nadie puede discutirlo y es ello lo que anima la intención de esta crónica.

Repetiremos una vez más que sigue siendo éste un país de poetas. Tanto es así que ocurre que uno de sus prosistas mayores, Ignacio Valente, se bate a sí mismo con su don natural de poeta, queremos decir con su ingénito rango de tal que prevalece sobre su obra prosaica. Otro ejemplo. Leyendo a Jorge Millas hallamos con frecuencia que en su prosa admirable la materia de que está tratando se despliega en toda su profunda búsqueda tocada por su legado poético; y es, por cierto, cuando este autor alcanza la plenitud categórica de su pensamiento filosófico, su "Idea".

Si prescindimos de los ya calificados por Alone, ¿quiénes pueden conformar el cuadro de nuestros grandes literatos? Pregunta algo quemante, sobre todo si recordamos las palabras de Horacio: *genus irritabilis vatum*. En fin, ya estamos en ello y corrido sea el riesgo...

El lector excusará cierta dispersión debida a que no es de nuestro gusto agrupar autores por razones ajenas al arte como son las de sexo, edad, ismos forzados y otras.

Hay un poeta extraordinario, a ratos hasta sublime y que sobrecoge; poeta loco, vate excedido, de un *élan* interior que lo dispara hacia el más vivo irradiar de la palabra poética. Raúl Zurita. Este su libro *Purgatorio*, único que conocemos, ¿acaso sea su obra capital? Sí o no, se inscribe en las alturas.

No obstante lo dicho más arriba, ¿podría observarse que sólo una "mulier" aparece como prosista de relevancia efectiva?

Memorialista excepcional y retratista literaria enjundiosa, es dueña de un estilo válido, muy expresivo y peculiar, tocado de ironía. Marta Vergara ha dejado de escribir por una excesiva severidad consigo misma. (Bien que dedicada sólo a los niños, está también Marcela Paz.)

Un gran poeta: Oscar Hahn. Es además un parco poeta, condición que alguna vez elogiamos. Su, al parecer, único libro, *Arte de Morir*—hay no sé qué dolor definitivo y olímpico en este título, uno de los más hermosos vistos aquí—, libro cuyo permanente atractivo resiste y crece en cada relectura, hace meditar largo sobre la mesura en el publicar. Es posible que sin pecar pueda escribirse toneladas, mas la publicación... paciente e implacable pase. Se diría que Oscar Hahn posee finísimos filtros, esos de la inteligencia y de la estética, a los cuales somete sus obras.

Existe en Santiago un escritor de genuina cepa al que, parece, va a terminar por tragárselo el periodismo. Aunque su corrimiento hacia la novela sicalíptica no es de nuestro agrado y el cual lamentamos, seguimos creyendo que Enrique Lafourcade puede cumplir su carrera de literato por encima de la de periodista.

Debemos referirnos a tres que, aunque ya no existen, siguen palmarios en el cerrado ámbito de la gran literatura: M. Luisa Bombal, Vicente Huidobro, Juan Emar. Y cuidado que sí son grandes; y ultragrande el segundo.

También notamos, y, como caso extraordinario, más que al autor, su libro de factura única en nuestro país: *La Casa Contigua*, de Rosenrauch.

Gran creador ha sido Francisco Coloane, autor de cuentos magistrales.

Resulta casi obvio nombrar a Nicanor Parra, dada su fama. Bardo de linaje específico, de muy excepcionales dotes epigramáticas, nacido poeta. Decimos sin embargo que "todo" él no es el alto poeta sin caídas que algunos estiman y hasta dirían que ha "probado" el perverso placer de reírse del público lector con producciones no digamos métricamente malas sino extremadamente insulsas. Esto lo decimos con el arbitrio que da precisamente el poder expresar otra opinión algo rotunda: Parra ha escrito uno de los 10 ó 15 poemas más asombrosos aparecidos en lengua española actual: el titulado "Un Hombre". Difícil y largo sería explayar la impresión que deja el nombre de este poema y por qué se asemeja a la del personaje desguarnecido e infinitamente desolado del libro *Un día en la Vida de Iván Denisovitch*, de Solzhenitzyn. Luego, la forma, la hechura de este poema, sus palabras de una simplicidad que corre como el agua y, sin embargo, cada una de ellas cargada de sentido, casi del espanto por la absurdidad e inanidad del ente humano.

Hay otro vate opuesto polarmente a Parra y es David Rosenman. Lenguaje difícilísimo, expresión apretada y vigilada al extremo por una conciencia artística muy desarrollada, hay en él un dramatismo lírico fuerte, no obstante sus epinicios.

Cuentista consumado, penetrador inimitable de las más cándidas zonas "existenciales" de sus personajes es Jorge Edwards. Estrictamente cuentista. Cuando alarga para obtener la novela pierde su magia, y la pierde doblemente pues desciende plácido y burgués a la sospechosa pornografía.

Miguel Arteche, gran poeta de la noche metafísica, del obscuro sentido de la angustia ontológica y de la muerte. Su obra *Destierros y Tinieblas*, destaca entre los libros líricos más relevantes.

Poesía fundamental, resonancia, sensibilidad aguda, pasión y originalidad en la forma la de Gonzalo Rojas. El ímpetu amoroso alcanza acentos inéditos de una belleza casi desesperada... Gran poeta.

Debemos terminar. Hay aquí ausentes de méritos; y luego no podemos olvidar a los escritores de nombre —nómbrosos de inmediato a dos, Adolfo Couve, Renato Irarrázaval—; todos ellos pueden completar con justo derecho otra pléyade de cuatro veces cuatro.